



ALBERTO MARTÍNEZ MONTERROSA y ÓSCAR DURÁN IBATÁ

# JUAN, EL HIJO DE JUAN

Gossain según Howard Gardner

EDITORIAL  
**UTADEO**

**UN** UNIVERSIDAD  
DEL NORTE

Editorial





Adolfo Meisel Roca  
**Rector**

Joachim Hahn  
**Vicerrector Académico**

Alma Lucía Díaz Granados  
**Vicerrectora Administrativa**

Alberto De Castro Correa  
**Decano de la División de Humanidades  
y Ciencias Sociales**

Alberto Martínez Monterrosa  
**Director del Programa de  
Comunicación Social**

Cecilia María Vélez White  
**Rectora**

Margarita María Peña Borrero  
**Vicerrectora Académica**

Nohemy Arias Otero  
**Vicerrectora Administrativa**

Julián López Murcia  
**Decano de la Facultad de Ciencias Sociales**

Vera Schütz Smith  
**Directora Programa Comunicación Social  
y Periodismo**

# JUAN, EL HIJO DE JUAN

Gossain según Howard Gardner



Martínez Monterrosa, Alberto.

Juan, el hijo de Juan: Gossain según Howard Gardner / Alberto Martínez Monterrosa, Óscar Durán Ibatá. - Barranquilla, Editorial Universidad del Norte ; Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano 2019.

292 páginas ; 21 cm.

Incluye referencias bibliográficas, anexos y fotografías.

ISBN impreso 978-958-789-050-1 ISBN digital: 978-958-789-051-8

1. Gossain, Juan, 1949-. 2. Gardner, Howard--Crítica e interpretación. 3. Inteligencias múltiples. 4. Periodismo—Colombia. I. Durán Ibatá, Óscar. II. Tít.

(070.444092 M385 ed. 23) (CO-BrUNB)

Universidad del Norte  
Km. 5 Vía Puerto Colombia  
Área Metropolitana de Barranquilla,  
Colombia © Universidad del Norte  
Tel. (57) (5) 3509509  
<https://www.uninorte.edu.co/web/publicaciones-uninorte>

Fundación Universidad de Bogotá Jorge  
Tadeo Lozano  
Carrera 4 n.º 23-76 oficina 203  
Tel. (57) 242 7030 Ext. 3120  
[direccion.publicaciones@utadeo.edu.co](mailto:direccion.publicaciones@utadeo.edu.co)  
<http://www.utadeo.edu.co/es/editorial>

Primera edición: febrero de 2019

© de esta edición, 2019, Universidad del Norte

© de esta edición, 2019, Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano

ISBN impreso: 978-958-789-050-1

DOI: <https://doi.org/10.21789/9789587890501>

Coordinación editorial: Marco Giraldo Barreto y Zoila Sotomayor

Corrección de estilo: Mercedes Castilla

Diseño de portada: Joaquín Camargo

Diseño de Pauta y retoque fotográfico: Luis Carlos Celis Calderón

Diagramación y revisión editorial: Mary Lidia Molina Bernal

Apoyo gráfico: Manuel Pedraza

Apoyo investigativo: María Andrea Solano

Impresión: Imageprinting Ltda.

El presente libro es resultado del proyecto de investigación Periodismo y Aula, reconocido en la Dirección de investigaciones de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano con código interno 420-08-11, aprobado con resolución 140 del 14 de octubre de 2011.

En nombre de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, Editorial UTadeo le agradece a usted, el lector de esta obra, por apoyar el trabajo de todas las personas que hacen posible que el conocimiento llegue a sus manos al adquirir este texto de manera legal. Asimismo, le agradecemos el interés por el conocimiento que producen nuestros investigadores, y el apoyo que pueda darnos para que éste tenga un mayor alcance.

# JUAN, EL HIJO DE JUAN

Gossain según Howard Gardner

Alberto Martínez Monterrosa  
Óscar Durán Ibatá



Editorial





Tu llegada de provincia a la ciudad  
inquieta la tristeza del gentío  
Tu temor al entrar en un lugar demasiado caro  
pero todo era demasiado caro. Demasiado elevado.  
Esas gentes debían notar tus modales toscos  
tus ropas pasadas de moda y tu torpeza  
No hubo nadie que se parara a tu lado y te dijera:  
eres un chico bueno  
eres fuerte y sano

Apartes de *Tu infeliz y tonta juventud*,  
del poeta polaco Czeslaw Milosz

Confieso que no conocía a Gardner  
y su estupenda teoría sobre la creatividad y los seres excepcionales  
(lo que no entiendo es qué hago yo ahí).

*Juan Gossain*



A la comunidad de San Bernardo, por las voces del viento;  
a Gardner, por enseñarnos a descubrir sus alientos;  
a María Amarís, por soplarnos a Gardner para ganar el viento.

# Índice

<b>Presentación</b>	<b>13</b>
<b>Capítulo 1: Entre Juanes</b>	<b>27</b>
La historia de vida	29
La historia de los Gossain	34
Los crisoles de la inteligencia	44
El Viento	55
<b>Capítulo 2: Una profesión que persigue</b>	<b>67</b>
Entre travesuras y lecturas	72
El primer papa Francisco	80
Las maneras del periodismo	87
El buen ejemplo	92
Los llamados definitivos	102
El apoyo de la familia	107
El nombre que llamó la atención a los cachacos	121
<b>Capítulo 3: Por ahí viene el Maestro</b>	<b>129</b>
El lápiz rojo	135
En Barranquilla, donde había una obra de buena fe	152
El periodista y sus fantasmas	163
La radio para la que no servía	172

Casi toda una vida	180
Un epílogo que se sigue escribiendo	185
<b>Capítulo 4: Juan Gossain según Howard Gardner</b>	<b>195</b>
Gossain según Gardner (anexo 1)	196
La excepcionalidad en Juan Gossain	202
“Mi meta es que nadie se avergüence de mí” (anexo 2)	203
“Me he equivocado y me seguiré equivocando” (anexo 3)	208
“Imagínense esos debates de ética con Guillermo Cano” (anexo 4)	210
“Lo que uno tiene que aprender lo aprende en los primeros años” (anexo 5)	217
“Que el día siguiente sea mejor” (anexo 6)	221
“Me asusta no encontrarme con lo que el recuerdo dice” (anexo 7)	226
Cinco actos de un cronista	229
<b>Capítulo 5: Para los nuevos Gossain</b>	<b>241</b>
El periodismo de Gossain en pocas palabras	253
<b>Referencias</b>	<b>259</b>
Direcciones web consultadas	261
Anexos	265
Álbum familiar	279





## Presentación

Esta investigación es el resultado de varias coincidencias académicas. Tras haber contribuido a la formación de algunas generaciones de periodistas, los autores teníamos la sospecha de que nuestros esquemas de enseñanza contenían propuestas rígidas y operacionales que debíamos revisar, para propiciar el natural despliegue de la creatividad de los estudiantes de esta disciplina. Cada día se iba haciendo esta intuición más evidente, puesto que avanzábamos en el estudio del contenido programático de la maestría en Educación de la Universidad del Norte, a la que le habíamos confiado las expectativas. En este proceso conocimos que los postulados del psicólogo norteamericano Howard Gardner presentaban la diversa gama de inteligencias en los individuos más allá de las convenciones, sugiriendo distintas maneras de acopiar conocimiento. Tal propuesta y nuestra inquietud compartían intereses que, desde una perspectiva de análisis, estarían a punto de generar respuestas válidas.

Empezó, entonces, la exploración. Nos propusimos como sujeto de estudio un personaje en donde concurren periodismo y

educación, que resultó ser el más interesante de todos: Juan Gossain. El escritor caribeño era ya un modelo entre las nuevas generaciones de comunicadores, que seguían su obra desde los salones de clase, a instancias de las tareas de formación o a partir de la dinámica misma del compromiso personal con el proceso. Así, la selección era sin duda inequívoca: había nacido en el año 1949 en la población de San Bernardo del Viento, Córdoba, y desde edad muy temprana empezó a tener inquietudes por lo que más tarde llegaría a ser su profesión. De hecho, a los 3 años conoció los cuentos de *Las mil y una noches*, a los 5 empezó a teclear en una máquina de escribir, a los 8 fundó su primer periódico, a los 10 conoció a Conrad y se enamoró de los escritores clásicos, a los 13 dictó su primera conferencia, a los 14 escribió los primeros poemas y cuentos, a los 15 empezó a corregir diccionarios. Con un tiempo más adulto escribió cuatro novelas, tres libros de cuentos y dos compendios de crónicas periodísticas; luego fue escogido como miembro de la Academia Colombiana de la Lengua española en su condición de cultor excelso de la herencia de Cervantes; durante casi cuatro décadas despertó de madrugada a los colombianos como director de noticias de una de las más prestigiosas cadenas radiales del país, y aunque llegó a anunciar su retiro a los cuarteles de verano de Cartagena, hasta allá lo siguió el periodismo.

Por eso fuimos a buscarlo, le propusimos la idea de compartir su experiencia teniendo como escenario el campo de la investigación, y generosamente aceptó. No reparó en ninguna pregunta y ofreció, en cambio, todas las respuestas. Todo lo que se le pidió, en el marco del respeto, fue concedido. Y sus familiares, amigos, colegas y tutores, estuvieron siempre dispuestos para este trabajo.

Sería un estudio de caso —el de Juan Gossain como periodista excepcional— que se inscribiría dentro de la investigación cualitativa, toda vez que preferentemente buscaríamos descubrir y explicar elementos, situaciones y procesos aún no establecidos, e intentaríamos interpretarlos en su propio contexto de inserción, vale decir, tomando en cuenta diferentes puntos de vista alrededor del personaje, analizando y triangulando los hallazgos en procura de consensos y disensos posibles que reflejaran, a su vez, en la forma más completa y profunda la multiplicidad de dimensiones del sujeto. Para ello nos valdríamos de la entrevista semiestructurada, el análisis de contenido de obras seleccionadas y la historia de vida, todo lo cual condujo a una relación cercana entre los investigadores y el sujeto de estudio. Con ello develaríamos las condiciones notables que inferíamos, a la sombra de la inquietud principal que jalonaba la tarea: encontrar la estructura, dinámica y evolución de las relaciones sociales que subyacen en Gossain como sujeto extraordinario.

Las preguntas orientadoras que, a la postre, estarían en permanente revisión en la medida en que nos íbamos topando con los hallazgos, proponían descubrir cuáles eran las inteligencias de Juan Gossain como periodista; cómo lo veían su familia, sus mentores y sus colegas, y en qué escenarios válidos se desarrollaba su creatividad. Más allá: ¿Era suficiente escribir bien para ser un buen periodista? ¿Cómo se descubría la vocación periodística? ¿Podía, su caso, servir de modelo en procesos de formación?

Luego de una primera entrevista, le presentamos el sentido de la investigación y es así como logramos los rasgos esenciales de su vida, que en definitiva nos dio los derroteros de la búsqueda siempre en función de los interrogantes orientadores. En el

siguiente contacto confrontamos al personaje con los hallazgos de las entrevistas que siguieron al primer encuentro, lo cual permitió, por un lado, validar la información obtenida entre los profesores del colegio y sus amigos de infancia y, por el otro, seguir definiendo rutas de exploración. Ahí, por ejemplo, resultó claro que sería necesario ofrecer la perspectiva que sobre su vida tienen vecinos y familiares en San Bernardo del Viento y sus hermanas en Bogotá. En marzo de 2007, para más señas, recibimos el siguiente correo:

*Apreciados Alberto y Durán:*

*Su investigación es tan completa, que me abruma. Me declaro impedido para hacerles recomendaciones. En San Bernardo hay otras historias. Allí pueden contactar a mi tía madrina María Abdalah, que se sabe todas las historias. Me cuentan. Un abrazo.*

JUAN GOSSAIN

La información obtenida en esa inmersión coincidió con la propuesta de Gardner, en el sentido de sopesar al personaje en su ámbito natural. Con esos elementos realizamos una cuarta entrevista, que permitió aplicar el protocolo sugerido por el autor de las inteligencias múltiples para descubrir el “Buen trabajo” de un periodista. En ese momento se evidenció que dentro de la investigación faltaba un periodo clave en su formación: su paso por el periódico *El Heraldo*, de Barranquilla. Con los nuevos referentes buscamos un quinto y definitivo encuentro, en el que le presentamos la historia de vida y los principales hallazgos de la investigación, la mayoría de los cuales fueron aceptados y validados por él. A principios de 2008 Gossain nos respondió:

*Queridos Alberto y Durán:*

*Acabo de leer el texto que me enviaron por el correo electrónico: el resumen de su tesis publicado en la revista de la Universidad del Norte, mi viejo y entrañable claustro, en el que, para ayudarme a ganar una platica que tanto necesitaba, el entonces rector Boris Rosanía me contrató para que dictara unos cursos de extensión cultural. Eso fue en tiempos prehistóricos. Recuerdo, con especial cariño, al inolvidable profesor Antonio Vittorino. Denle, de mi parte, un saludo caluroso al rector Jesús Ferro.*

*El artículo de “El Universal” no lo he visto, porque yo no sé entrar a esos embelecros de computador.*

*Estoy asombrado y honrado. He aprendido mucho. Confieso que no conocía a Gardner y su estupenda teoría sobre la creatividad y los seres excepcionales (lo que no entiendo es que hago yo ahí).*

*Los felicito y les agradezco. Ah, y les informo que ando por Cartagena.*

*Ya había olvidado yo el cuento de los anteojos rotos del profesor Antonio María Zapata Olivella. Veo que mi tía María Abdalah, ese fascinante personaje, se los recordó. Me ha emocionado mucho revivirlo y doy fe de su absoluta autenticidad.*

*Reciban un abrazo agradecido de su colega y amigo,*

JUAN GOSSAIN

En general, los diálogos respetaron las ideas y contextos de cada caso. El carácter cualitativo de este tipo de enfoque abrió la oportunidad de indagar de manera no esquematizada, aunque sí sistemática, los aspectos que, según los personajes, rodeaban la vida y obra de Gossain durante casi treinta y seis horas de entrevistas con el propio periodista. Los encuentros se dieron en las tres ciudades clave de desempeño, en diferentes escenarios y contextos (sitios de trabajo, residencia, escenarios sociales y espacios académicos). Así mismo nos encontramos con amigos, vecinos de infancia, familiares, críticos, tutores y colegas, en busca de las pistas que permitirían un acercamiento a las calidades del personaje, todos los cuales fueron contactados bajo la técnica de *bola de nieve*, en la que un referido iba dando cuenta de otro.

El proceso demandó la visita de los lugares en los cuales Gossain permaneció etapas determinantes de su vida (hogares de amigos y familiares, calles, plazas y establecimientos comerciales de San Bernardo del Viento; colegio La Esperanza, de Cartagena; diario *El Espectador*, las cadenas de emisoras RCN Radio, Caracol Radio, y el periódico *El Herald*o, de Barranquilla). Estos encuentros con el periodista y los actores de su ámbito y campo, hicieron posible la validación de las interpretaciones sobre la realidad observada y escuchada, aunque en la mayoría de las veces el proceso se reorientó, como ya hemos dicho, en función de las respuestas y remisiones que hicieron, en cada caso, las fuentes consultadas.

La investigación también rastreó e inventarió los artículos periodísticos escritos por Gossain. La segunda etapa consistió en la clasificación de los documentos encontrados, con el objetivo de tener una muestra cualitativa de los distintos momentos de una

obra periodística que puede contar alrededor de 3.000 artículos publicados, según nuestros cálculos. En esta fase analizamos los textos correspondientes a sus inicios en San Bernardo, *El Espectador*, *El Herald* y *Cromos*, excluyendo escritos de corte puramente literario, pues la aproximación que nos fijamos refería al trabajo periodístico. De este universo dedujimos los elementos de análisis consignados en los formatos para luego interpretar los patrones, tendencias, convergencias y contradicciones que dieran cuenta del contexto y significado de los escritos. Y finalmente vino la lectura cruzada y comparativa de estos textos con los hallazgos generales de la investigación.

El lector podrá ver aquí un proceso circular en permanente retroalimentación, de la mano de las declaraciones de las fuentes de información y, principalmente, del sujeto principal de estudio. La dinámica demandó una permanente reiniciación, en procura de otras historias y visiones que dieran un cierre completo del personaje y su esencia.

Con la definición de la situación problema —por ejemplo— el proceso partió de la conocida sospecha, que se iría ratificando en la marcha, de que Juan Gossain era un periodista portentoso. Las entrevistas se encargarían de precisar cómo se expresaba esa característica e identificarían las competencias propias en el periodista y sus habilidades básicas o modulares. De nuevo, la constante búsqueda de estos prodigios permitiría considerar una ruta futura de orientación pedagógica para los estudiantes de periodismo, que explica por qué nunca fraccionáramos las etapas de diseño y gestión; por el contrario, este fue un proceso cíclico y continuo de permanente contrastación de datos.



Los patrones que permitieron organizar los hallazgos vinieron luego de hablar con las fuentes y de revisar la obra, utilizando, para ello, el trazado de los rasgos de la inteligencia, experticia y excepcionalidad. Las tareas buscaban explicar el crecimiento personal y profesional que experimentó a lo largo del periodo de vida analizado; identificar los factores que relacionaran lo ordinario y lo extraordinario de sus capacidades cognitivas, y hallar comprensiones profundas en la vida y en la obra que pudieran enseñar a los jóvenes periodistas a tener una vida más productiva y satisfactoria. En cualquier caso fue preciso mantener actualizados los patrones, pues cada experiencia exigía ajustar las subcategorías organizadas.

Según lo sugirió Gardner al estudiar cualitativamente cada personaje como caso único (Freud, Wolf, Gandhi y Mozart, entre otros), la idea final del trabajo era encontrar experiencias de vida que pudieran servir de lección para las nuevas generaciones del periodismo, confirmando el fundamento según el cual la excepcionalidad nunca es propiedad de una única persona. Y en la medida que se fueron dando, estos descubrimientos remitían siempre a la situación problema, lo que permitió reiniciar el recorrido y confirmar el carácter cíclico de la investigación.

El interés del estudio estuvo concentrado solo en las condiciones y ambientes de formación de los primeros 20 años de la obra periodística de Juan, que resultan definitivos si aceptamos la consigna coincidente de Gardner y el mismo Gossain según la cual “todo lo que uno tiene que aprender en la vida, lo aprende durante los primeros años”. Dado que se salían del marco cognitivo propuesto, no contemplamos sus ejecutorias en periodismo radial, ni

el periodo creativo que siguió en Cartagena después de su experiencia en RCN, cuando vino a ser más narrador más intenso que todos los días. Ahí queda material para otro trabajo profundo.

Todo este cometido recibió un aliento definitivo con la visita que hizo Howard Gardner en octubre del año 2005 a la ciudad de Bogotá, justamente cuando publicaba, al lado de otros autores, su libro *Buen trabajo*, que incluye una perspectiva ética y moral del periodismo, una de las dos profesiones más influyentes del siglo XXI, según su concepto. Cuando lo entrevistamos nos dio luces concluyentes sobre nuestro enfoque:

Un estudio de esta naturaleza tiene que ser abordado desde el respeto. Uno se gana el respeto siendo un reportero escrupuloso, procurando ser lo más justo y objetivo posible, y reconociendo que si comete un error, va a procurar no repetirlo, y esto se relaciona no con las inteligencias sino con el carácter y la personalidad. Rupert Mourdoch, por ejemplo, tiene unas destrezas y habilidades en el mundo del reportaje que son extraordinarias, pero yo siento cero respeto por él. En términos genéricos, un periodista no aprende a ser un buen reportero sin que haya personas más competentes que le sirvan de modelo a seguir y lo retroalimenten, pues, de lo contrario, va a repetir una y otra vez los mismos errores; el buen reportero necesita tener la capacidad de establecer relaciones con los demás, aprender a ser seguro y a no aceptar todo lo que le dicen. Pero estoy hablando en términos genéricos, porque una vez identifica un tema que le interesa reportar, debe desarrollar la inteligencia indicada.

Invitado por la Universidad del Norte, Gardner estaría en Barranquilla en septiembre del año 2008, cuando la investigación seguía avanzando, y gracias a sus siempre atinadas reflexiones pudimos ajustar los marcos de referencia del trabajo. Ahí nos preguntó por el proceso. Solo después de este segundo encuentro, en el que seguimos explorando la excepcionalidad, pudimos hacer un primer cierre formal de la investigación que había empezado tres años atrás, y someter los resultados a la evaluación de expertos como los doctores Carlos Sandoval Casilimas, profesor-investigador de la Universidad de Antioquia, y Marina Llanos y Marco Cervantes, profesores-investigadores de la División de Humanidades y Sociales de la Universidad del Norte, a quienes agradecemos las atinadas y enriquecedoras observaciones sobre el trabajo.

Nuestra gratitud es también para el periodista Daniel Samper Pizano, a cuya evaluación sometimos el trabajo en 2011, buscando ahora consideraciones profesionales. Aunque advirtió que era “reconfortante” que “unos peritos” afirmaran lo que “sabemos perfectamente quienes lo conocemos desde hace años (a Juan Gossain) y lo hemos admirado como persona y periodista”, la respuesta de Samper nos hizo volver la mirada sobre los focos de análisis y los propios hallazgos para redimensionarlos. De esta manera quedamos más tranquilos con su sentencia:

Hicieron bien Durán y Martínez en aplicar las ideas del psicólogo norteamericano a Gossain, periodista costeño de la escuela clásica, porque allí podían encontrar lo extraordinario, aunque él diga que no entiende qué hace él entre los ejemplos. Y lo encontraron. La biografía de Gossain constituye la autopista a través de la cual nos guían, y solo por ella ya valdría

la pena este trabajo. Pero su meta es otra. Lo que intentan es escudriñar qué hay en la persona y el entorno del estudiado que permita calificarlo de extraordinario.

Un segundo cierre del proceso solo fue posible en el año 2012 cuando, a la par de las orientaciones que hizo Gardner en una profusa producción de análisis y entrevistas sobre el periodismo, ajustamos todos los elementos referentes para cumplir nuestros cometidos académicos.

Lo que hicimos a continuación fue exponer los resultados ante distintas comunidades académicas, a través de artículos en revistas indexadas y ponencias en eventos especializados, los cuales permitieron retroalimentaciones que terminaron por robustecer los hallazgos.

Solo después de estas últimas rondas decidimos esta publicación formal. En las siguientes páginas registramos la memoria de una travesía por las capacidades de uno de los más reconocidos periodistas de Colombia, a partir de una lectura cognitiva que creemos rigurosa de sus competencias y habilidades, siempre en espera de luces que despejen las inquietudes del profesor en la escuela de periodismo.

Por sugerencia atinada del anterior rector de la Universidad del Norte Jesús Ferro Bayona, quien nos propuso contemplar dos niveles de significado cuando buscábamos un tono para el libro, la narración tiene la forma de un palimpsesto. Esta construcción permite que el lector, si lo desea, se apropie del cuerpo completo párrafo a párrafo, pues podrá distinguir entre las reflexiones académicas y la historia de vida de Juan, y quedarse, por tanto, con la prosa que más se aproxime a sus intereses o gustos. En las

primeras irá encontrando la relevancia y pertinencia de los conceptos, métodos y hallazgos del estudio, en el contexto de las relaciones que se ocurren entre ciencias sociales, cognición, educación y comunicación; la historia de vida aterriza en el personaje, a partir del relato fresco de la familia, los vecinos, los colegas, los mentores y el propio Juan, con un tono literario que se debe más a la pasión que le pusieron todos a las descripciones, que a una deliberada marca narrativa. La diferencia entre el palimpsesto de Arquímedes y esta historia doble, es que mientras el método de los teoremas mecánicos del ingeniero de Siracusa fue construido sobre su antigua teoría del equilibrio de los planos, por ejemplo, en nuestro caso no hemos borrado ni sustituido nada: pretendemos que todas las ideas sean complementarias, y, si es del caso, se fusionen como lo hacen en los capítulos 4 (análisis) y 5 (recomendaciones).

El sociólogo Orlando Fals Borda nos había propuesto una estructura inspiradora en *La historia doble de la Costa*, que, por un lado, referencia la historicidad convencional y, por el otro, hace lo que el investigador Adolfo Meisel Roca, actual rector de La Universidad del Norte, llama la “historia de la gente sin historia”. Por el canal A del relato están sus “carrerías... por los pueblos, caseríos, resguardos y ríos de la Costa rural, cuando realizó su investigación de campo...”, y por el canal B “la discusión más académica y teórica”<sup>1</sup>.

---

1 Meisel Roca, A. La historia doble de la Costa. *El Espectador*. Recuperado el 22 de marzo de 2017 desde <http://www.elespectador.com/opinion/la-historia-doble-dela-costa-columna-39262>.

El título, por su parte, intenta hacer un homenaje al inspirador de las razones iniciales que alentaron la formación de este periodista, según pudimos descubrir. Tanto familiares como vecinos, amigos de infancia y colegas, concuerdan con el propio Juan Gossain en que fue su progenitor el que sembró la semilla del amor por los libros y la lectura, base irreductible para un buen periodismo. Si bien desde la epistemología constructivista, que seguimos, el sujeto no es producto sino de sí mismo y de su entorno, la investigación revela la fuerte relación que establecieron desde el comienzo Juan padre y Juan hijo, amén de las construcciones genuinas de ambos. Por eso *Juan, el hijo de Juan* recoge no solo la clásica costumbre de los ciudadanos árabes de presentar socialmente a su acompañante con el nombre del patriarca. También ofrece otras inspiraciones que se irán descubriendo en el texto: el primer Juan fue, en definitiva, la fuente original de la que el segundo bebió.

Los autores



Entre  
Juanes | 1



- - 
  - 
  -
- El agente viajero se acercó a la tienda y felicitó a don Juan Santos Gossain por el artículo que ese día publicaba el periódico *El Espectador*, con su firma. “De qué diablos me está hablando”, inquirió. El comerciante de origen libanés no tardó en entender que el autor de aquel texto era en verdad su tercer hijo, quien llevaba su nombre. El muchacho acababa de regresar a San Bernardo del Viento, después de ocho años de estar internado en el colegio La Esperanza de la ciudad de Cartagena, donde afianzó lo que parecía ser una vocación de primeros años.

Al llegar a su pueblo, sin embargo, aquel joven se había encontrado con las limitaciones propias de una población olvidada por el tiempo y los gobiernos, y la crisis económica de la familia, así que se dedicó a la administración de libros contables en el molino de arroz de unos primos, más por hacer un oficio que por el placer de aquellas materias. Y allí, haciendo de contador cuando en verdad solo sacaba relatos nostálgicos de la pequeña y destartalada máquina de escribir que había en la arrocera, recordó todos sus tiempos. Su propia historia.

## La historia de vida

¿Por qué estudiar unas historias de vida en particular? La pregunta venía agitando los debates sobre el alcance de las ciencias, desde el siglo XIX. En 1883 ya Dilthey (como se citó en Martínez, 2011) se había percatado de que los postulados positivistas reducían el espíritu a la materia y trataban el mundo humano como una subordinación inadmisibles. Las ciencias de la naturaleza —había dicho— son explicativas y las del espíritu, comprensivas. De optar por este último enfoque, nuestro trabajo no consistiría en dominar sino justamente en comprender, a partir de la vivencia como un acto de representación del sujeto. A la manera de Dilthey, la vivencia le da entrada al hombre al mundo humano. “... En ese mundo espiritual que actúa en él de modo autónomo, reside todo valor, toda finalidad de la vida...”. El problema radica en que “el mundo humano no es individual y mucho menos aislado de las relaciones sociales, pues el sujeto que lo representa está en el entramado de las relaciones sociales (ni la sociedad es antes del individuo ni este, antes de la sociedad)”, (Martínez, 2011, citando notas de clase de Jesús Ferro en el Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad del Norte). De esta manera, la existencia del hombre se entiende por sobre todo como coexistencia, lo que plantea la necesidad de objetivar su comprensión.

Así, Dilthey había llegado a proponer una metodología para el estudio de la realidad humana basada en la historia, a la que declaraba, casi con admiración pasional, “técnica ejemplar... difícil y bella”. Sin ella correríamos el riesgo de aceptar el conocimiento y el entendimiento como fenómenos parciales.

Lo que soporta la construcción del mundo histórico no son los hechos ganados por la experiencia e incluidos luego en una referencia valorativa: su base es más bien la historicidad interna propia de la misma experiencia... Su modelo no es la constatación de hechos sino la peculiar fusión de recuerdo y expectativa en un todo que llamamos experiencia, sobre el principio concluyente de que el mundo no existe en ninguna parte más que en la representación de sus individuos y que esta puede investigarse en cualquier punto del inmenso cosmos espiritual, en los elementos constitutivos particulares que develan su plena significación. Entonces, siendo ciencia, la tarea son los hechos espirituales tal como se han desarrollado históricamente en la humanidad (Dilthey, 1883, como se citó en Martínez, 2011).

Pero, además de historia —quien indaga la historia es el mismo que la hace— el hombre es naturaleza, pero creyendo que este proceso solo existe para él, busca sus medios en el contexto del ambiente. La misma aceptación de su dimensión trascendente, lo corrobora. Es decir, el hombre depende de su circunstancia histórica pero al mismo tiempo busca dominar su entorno a través del conocimiento, por lo que Dilthey llegó a declarar: “Una exclusión de los hechos del espíritu del contexto de la materia, de sus propiedades y leyes, supondrá siempre una contradicción que aparece entre las relaciones de los hechos de una esfera y las de los hechos de la otra...” (Dilthey, 1883, como se citó en Martínez, 2011).

En ese sentido, la obra creadora de un individuo surge de su particular relación con el mundo objetivo de su trabajo (Gardner, 1995), marco dentro del cual va construyendo lazos de aprendizaje

y legado, que podrían convertirlo en un ser trascendente para la sociedad. Si lo logra, tal y como lo habían hecho numerosos maestros en la ciencia, las artes o las letras, se convierte en sujeto de estudio y las investigaciones sobre su obra bien pueden dejar lecciones para la humanidad.

Era claro que esta investigación obtenía mejores resultados si se centraba en la historia particular de Gossain y los modos en que este interactuaba, teniendo en cuenta que la historia es contingente: ningún espíritu ha determinado de antemano lo que acontecerá (Gardner, 1995). De hecho, Gardner (1995) abordaba a sus personajes a través de la biografía, que entiende como un examen detenido de los periodos de vida del sujeto en el que los entendidos y las instituciones correspondientes, conceptualizan y juzgan. Su pretensión es:

... Ir más allá de una simple concatenación de biografías particulares, mediante la búsqueda de características comunes y la iluminación de diferencias a través de una pequeña serie de casos instructivos. Por lo que respecta a los elementos básicos... los estudios de Einstein y Picasso se centran en la relación entre el niño y el maestro; los estudios de Freud, Stravinsky y Gandhi, en la relación entre el creador y otros sujetos; y los estudios de Eliot y Graham, en la posición marginal de los creadores con respecto a los campos y ámbitos en los que trabajan (p. 30).

La historia de vida y la biografía iban revelando una importancia capital para el estudio, como quiera que recogían experiencias sintomáticas de saberes sociales. Por el mismo contexto en el que surgían, no eran estrictamente individuales. Más bien “son la

articulación personal de (y frente a) aquella forma de racionalización o de explicación del cambio social que tiene las características de ser universal y unidireccional, y cuyo sujeto postulado es un sujeto universal. Aquel sujeto en posición autónoma, racionalizadora y universal que inventó Kant, o que inventó la Ilustración” (Delgado y Gutiérrez, 1999, p. 261).

De otra manera habríamos tenido que preguntar: ¿el habitante de una ciudad, pueblo o vereda es un ente abstracto? Pues al hacer uso de cada uno de los espacios que su entorno ofrece, va articulando relaciones que lo convierten en un ciudadano de mundo: desde que se despierta y habla con su pareja; luego cuando toma el desayuno en compañía de otras personas; sale a la calle y saluda a sus vecinos; usa un medio de transporte y observa desde los ventanales del vehículo lo que transcurre a su alrededor; escucha la radio; llega a su sitio de trabajo o estudio e interactúa con pares; va al supermercado o asiste a una reunión social, así ha capturado una serie de experiencias que podrían no ser representativas desde otros paradigmas, pero sí poseer cualidades profundas que connotarían las verdades de ese mundo.

A esto Walter Benjamin lo denominó “uno de los indagadores sociales más perspicaces del discurso social y su crisis”. Y Cristina Santamarina y José Miguel Marinas (como se citó en Delgado y Gutiérrez, 1999) lo llamaron el síntoma biográfico, en tanto muestra lo peculiar, ejemplar y social que tienen los sujetos de estudio:

La aplicación de la historia de vida como perspectiva en la que convergen distintas disciplinas y tradiciones de investigación, requiere, por consiguiente, la atención al contexto concreto: cómo son las formas de intercambio y circulación de la

memoria y de las experiencias en el interior de la cultura mediática, del espectáculo o de la dominación. Cultura esta que reinventa la figura supuestamente universal de los receptores, de los segmentos de los públicos. Por eso cada trabajo concreto de historia oral implica considerar la forma concreta de la tensión entre las historias particulares y la Historia entendida de forma universal.

Para lograr una aproximación, el mismo Gardner había propuesto un método aparentemente sencillo, que nos resultaba provocador: leer todo lo que fuera posible sobre la vida de los sujetos, estudiar sus obras y entrevistar a las personas que le conocieron. Y una vez hecho todo eso, reflexionar sobre la creatividad, la inteligencia, el liderazgo u otras características podría llegar a constituir una historia particular interesante.

- 
- 
- 
- 

## La historia de los Gossain

La historia particular de los Gossain comenzó en el año 1904 cuando Juan Santos, el papá, llegó a San Bernardo del Viento procedente de Zahlé, la llamada Novia del valle de la Becá, región este del Líbano, en la primera ola migratoria que apareció en Colombia. Los jesuitas le avisaron que la Policía estaba buscándolo, por hacer parte de la resistencia a la dominación turca. A los 15 años de edad había hecho un trueque con el padre Bonaventure Berloty, quien había instalado en la ciudad un observatorio astronómico, vinculado a la Universidad Saint-Joseph, de Beirut: servirles de mensajero mientras aprendía con ellos astronomía. Pero Zahlé vivía tiempos azarosos. El país, tradicionalmente refugio de perseguidos políticos, había sido dividido por el Imperio otomano y los intereses europeos que buscaban su caída, con una despiadada guerra entre islámicos drusos y cristianos maronitas.

Esa guerra produjo en 1860 el inolvidable incidente en el que las “gentes de un solo Dios”, como se hacían llamar, quemaron 150 pueblos cristianos y mataron a unas 11.000 personas, en Deir al Qamar. La masacre derivó en la intervención militar de las potencias europeas y la promulgación del Protocolo de la “Mutassarriyah”, que en 1861 reconoció la autonomía administrativa de Monte Líbano y unos años más tarde coadyuvó la fundación de la Universidad Anglicana Siria (1866) y la Universidad Francesa Saint Joseph de los Padres Jesuitas (1875), como

formas pacíficas contra las hostilidades. Pero ya soplaban los vientos de la Primera Guerra Mundial, que enardecería el movimiento sionista, y Zahlé, la ciudad grecocristiana del Líbano, inevitablemente formaría parte del conflicto. De manera que entre un mensaje y otro, Juan Santos terminó como activista político.

Una vez avisado del acecho militar, recorrió 55 kilómetros hasta las costas y tomó el primer barco que zarpaba hacia Suramérica, donde vivían algunos familiares y no se requería una visa. Atrás dejaba su ciudad milenaria, tapizada con viñedos ancestrales y un río majestuoso que atravesaba todo el perímetro desde el monte Sannine, y la incertidumbre de un país que, según diría después con insistencia, merecía una mejor fortuna.

Tras largos días de travesía, el barco ancló en un puerto de silencio ardoroso, con un sol implacable que parecía sentenciar la mudez de la espesa vegetación que se veía desde proa. Era Puerto Colombia, una población costera del Caribe colombiano que ya había visto llegar extranjeros de todos los pelambres y orígenes en búsqueda de nuevos destinos para sus aventuras empresariales y sus desventuras personales. Pero ahí no estaría por mucho tiempo.

“Si usted mira la migración árabe en la Costa, desde el aire, observará que es una especie de círculo concéntrico, como una diana de tiro: en el centro está Barranquilla y seguramente después venía Cartagena, pero en la medida en que cada círculo se iba llenando de inmigrantes se iba creando el otro. Mi familia terminó en San Bernardo,



siguiendo el círculo...”, explicaría tiempo después Juan, el hijo (J. Gossain, comunicación personal, 23 de julio de 2005).

Juan Santos había emprendido el viaje con su primo Cecilio Abdalah Gossain y María, la esposa de este, que se encontraba embarazada. El parto, de hecho, ocurrió en plena travesía cuando los inmigrantes, sorteado el desembarque en puerto colombiano, viajaban costa adentro. “Es una bebé”, gritó, como era la costumbre, la partera de ocasión que hallaron los extranjeros en San Pelayo. De manera que “cuando se casan, un 22 de febrero, aquella bebé cumplía 15 años y mi papá tenía 50. Pero déjeme decirle algo: nunca he conocido un matrimonio más feliz” (J. Gossain, comunicación personal, 10 de junio de 2005).

De la unión de Juan Santos Gossain y Bertha Abdalah nacieron, en su orden, Janeth, Adela, Juan, Berthica y José. “Cuando tienen a Juan, el papá se alegró muchísimo porque al comienzo eran solo hembras, y usted podrá entender lo que significa para los árabes tener un hijo varón”, relata Juan Antonio Gossain (q. e. p. d.), primo y padrino de Juan. Por eso “cuando el viejo veía a su hijo, eso era puro amor” (J. Gossain, comunicación personal, 10 de junio de 2005).

Las familias se instalaron en el norte de San Bernardo, a una cuadra del puerto sobre el río Sinú, en dos casas de madera, apoltronadas sobre una terraza continua que parecía un martillo. Toda la parentela se comunicaba a través del patio.

Pero “no pierda de vista que mi padre no llega a San Bernardo a vender telas, sino como un aprendiz de astronomía que huía de su país por razones políticas”, retoma Juan. De hecho, ya en Colombia pudo renovar sus calenturas ideológicas a la sombra de las propuestas partidistas de Carlos Lleras Restrepo. Aunque no era militante y mucho menos activo, rechazaba a quienes se oponían al líder liberal. Cuentan que una mañana abrió la puerta de la casa y encontró la fachada completamente empapelada con afiches del político del Magdalena José Ignacio “Nacho” Vives. Con furia se apresuró a arrancar cada propaganda: “Vives no vive aquí”, refunfuñaba (J. F. Ramírez, comunicación personal, 5 de agosto de 2006).

Pero el recuerdo más persistente en los bernardininos es el de un señor amable, servicial y buen vecino, al que jamás se le vio en parrandas ruidosas o menesteres fuera de casa. “Yo no me acuerdo haberlo visto nunca borracho”, dice Bertha, la menor de las hijas. (B. Gossain, comunicación personal, 10 de febrero de 2006). “Era un hombre tan arraigado en su casa, que ni siquiera consintió salir de ella cuando un voraz incendio consumió la Alcaldía del pueblo y amenazaba con extenderse hasta las viviendas vecinas, incluyendo la suya. “Las paredes quedaron abolladas por el calor, pero él se quedó allí”, relata José Lucilo Negrete (J. L. Negrete, comunicación personal, 6 de agosto de 2006).

Los vecinos de la cuadra destacan las relaciones que tenía con sus colindantes en el pueblo, a los que permanentemente compartía información sobre su cultura lejana:

que a 10 kilómetros de Zahlé estaba la tumba de Noé, el primer productor de vino de la Biblia; que su país fue la cuna de la civilización de los fenicios...

“Ellos —sostiene José Francisco Ramírez— eran amigos de todos, personas muy queridas”. (J. F. Ramírez, comunicación personal, 5 de agosto de 2006). Don Juan, particularmente, fungía como un gran mediador. “Cuando alguien le proponía matrimonio a una joven, el papá de esta iba a donde el mío para que conceptuara si era o no conveniente”, explica Juan Antonio. Para dar cuenta del significado que tenía su padre en San Bernardo, Juan cuenta que alguna vez le preguntaron cuál era, para él, la mayor muestra de confianza. “Yo contesté: darle a guardar a alguien la caja de dientes”. Porque eso pasó realmente: “el campesino, que tenía fama de malgeniado, se acercó donde mi papá y le dijo que le guardara la prótesis. ¿Esto cómo es?, preguntó él. Pues es que me voy a tomar unos tragos y yo en esta gente no confío, pero en usted sí (J. Gossain, comunicación personal, 2005).

Ese reconocimiento colectivo generó una especie de blindaje afectuoso para los niños de la familia, que podían andar a cualquiera hora en la calle seguros de que nunca les iba a ocurrir nada. “[Allá] veíamos a todas las personas como amigas”, afirma Bertha Gossain (B. Gossain, comunicación personal, 2006)

Por las mañanas temprano, todos los días el viejo se instalaba en un taburete en la terraza del almacén de telas, a aprenderse de memoria el diccionario de español. Los

familiares murmuraban que cuando llegara a la letra D se volvería loco, pero don Juan, en cambio, iba cultivando un castellano tan sofisticado que lo convertía en un hablante de refinado estilo medieval, así pocos le entendieran. “Por él aprendí, sostiene su hijo, que el diccionario hay que leerlo de la primera a la última página, tal como se lee un libro” (J. Gossain, comunicación personal, 2005).

Cuando no estaba en ese trance, don Juan sentado en el mismo taburete, se internaba en la lectura de periódicos en árabe que le mandaban sus parientes de Cartagena. Los periódicos llegaban con mes de retraso y él los cosía a todos por el lomo, hasta formar un librón que leía con lentitud encantada, como si se tratara de un placer aplazado.

Así se enteró del estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914 y de la esperada derrota del Imperio Otomano –prácticamente reducido a la actual Turquía–, que concluyó con la proclamación de su país como “el gran Líbano” por parte de un comisario francés que fungía como gran tutor de la nación liberada. En un rincón apartado de uno de los periódicos, leyó que una vez salieron los turcos la imprenta, la facultad de Medicina y el observatorio astronómico de los jesuitas que recordaba con nostalgia, habían quedado a merced de las llamas y la pillería. La familia nunca lo vio más pensativo.

Ahí podía pasar horas enteras sin levantar siquiera la vista y sin percatarse de menesteres más mundanos. Cuando algún vecino llegaba a comprar una libra de arroz o un cuarto de frijoles, él interrumpía con una voz tajante: «¡No

hay!» “Mi madre, que era la que conocía el inventario y los precios, salía furiosa: «Sí hay, y te lo han preguntado ocho veces». Mientras tanto, él seguía ensimismado “sin importarle un comino el comercio”, pues hoy Juan, el hijo de Juan, cree que su papá era el único árabe que no sabía cuánto medía una yarda. (J. Gossain, comunicación personal, 2005).

A Juan Santos, en verdad que eran los libros lo que le interesaba. “Les tenía tanto amor que, como en San Bernardo del Viento no había cinta pegante, cogía unas tiras de papel que él mismo recortaba minuciosamente, las untaba de goma y se las ponía a los márgenes, como un contrafuerte, para evitar que se rompieran. Todos los libros angostos adquirían una fisonomía de obesidad extrema, por el cartón que les añadía” (J. Gossain, comunicación personal, 2005).

Por supuesto, en lugar de decir a los hijos lo que en la región y en las circunstancias de la familia sería apenas normal: “tienen que aprender a trabajar, tienen que ayudar en la tienda”, les dejaba en algún lugar de obligado tráfico algún texto de portada provocativa.

Como para que no hubiera duda del ritual de vida, a la hora del almuerzo les relataba siempre una historia de *Las mil y una noches*, la célebre compilación de los cuentos árabes del Medio Oriente medieval, que la tradición atribuye a Abu ahd-Allh Muhammed el-Gahshigar en el siglo IX. “No podíamos empezar a almorzar sin que él leyera el cuento en una ceremonia muy solemne, de pie en la cabecera de la mesa. Era como un rito religioso” (J. Gossain,

comunicación personal, 2005). Allí todos escucharon hablar del rey Schahriar y de su hermano el rey Schahzaman, de la Historia prodigiosa de la ciudad de Bronce y, claro, de las aventuras de Aladino y la lámpara maravillosa que le cumplía todos sus deseos.

La vocación literaria que no pudo desarrollar él “nos la transmitió a sus hijos”. Por eso Antonio, el tío, confirma que “Juancho heredó desde muy temprano eso del periodismo y la historia, justamente de su padre, que era un historiador, un patriarca que estudiaba mucho y sabía como ninguno la tradición de Oriente” (A. Gossain, comunicación personal, 2005).

Todo lo que se dañara en el pueblo, donde no había mecánico ni electricista, él lo componía sin pedir un peso. “[Y aun si alguien tuviera este oficio], yo creo que mi papá habría pagado para que lo dejaran hacer esas cosas. Él reparaba los relojes sin ser relojero; él era quien también arreglaba los zapatos dañados de los muchachos del pueblo, más por vocación de curioso que de zapatero (J. Gossain, comunicación personal, 2006).

A Janeth, la mayor, se le ocurrió una vez disfrazarse de la bella y pecadora samaritana que aparece en el pozo de Jacob, mientras que Jesús, fatigado y exhausto, le confía su cansancio pidiéndole un vaso de agua. Había visto la imagen en una Biblia de estampas de colores que la familia tenía en casa. Era un dibujo de estética renacentista, que mostraba a la mujer sentada con un jarrón y un collar de monedas amarillas, mientras Jesús, en actitud predicadora,

la cautiva con sus palabras. “Eso no se puede”, gritó desde un rincón doña Bertha, la madre. “Pues mi papá me hizo todo el atuendo: con cartón forrado, el ánfora, y de papel dorado, las monedas, que parecían de verdad porque mi papá frotó el papel con las auténticas y sacó un molde que rellenó de papel duro” (Janeth Gossain, comunicación personal, 2006).

Otro día tomó una manzana de las que les mandaban los parientes desde Cartagena e hizo un injerto a un palo de guayaba que había en la casa. “Yo no entendí qué diablos pretendía sacar. Lo cierto es que cuando estábamos sentados en el comedor del patio —que es el que usamos en la Costa porque en el comedor formal nadie resiste el calor— caían en las sopas del almuerzo unas guayabas grandes y blancas por dentro, con semillas casi imperceptibles. A la vista eran muy curiosas, pero no tenía sentido comérselas porque no sabían a nada. Ese era mi papá” (J. Gossain, comunicación personal, 2006).

Este papá, reconoce Bertha, fue un factor importante para la vida de todos los hijos, principalmente de Juan, “a quien siempre le siguió la cuerda” (B. Gossain, comunicación personal, 2006). Si quería formar un equipo de béisbol con los amigos, tal como lo intuía a partir de las transmisiones de los partidos en la radio, su papá le hacía las manillas de lona y algodón y pulía con paciencia franciscana una piedra china que forraba con esparadrapo hasta convertirla en una bola de juego. En cambio, si andaba entusiasmado con una carrera de ciclismo en la que pudiera medirse a los

vecinos de la cuadra, el viejo elaboraba hasta la bandera a cuadros que anunciaba la partida de la competencia.

El asunto es que a los 5 años, Juan había conocido en todo su esplendor a Simbad el Marino y también la diversidad de juegos infantiles del Caribe que mantenía su inteligencia en forma activa, de la mano de esa “fuerza bellamente corruptora”, que era su padre<sup>1</sup>.

---

1 Gardner describe como “la edad de oro de la creatividad, como la época en que todo niño irradia habilidad artística” (Gardner, 2005, 127)



## Los crisoles de la inteligencia

En la antigüedad se habían hecho muchos esfuerzos por señalar y detallar las inteligencias individuales, que iban desde el trivio y cuadrivio medievales hasta la lista de cinco nodos de comunicación del psicólogo Larry Gross o la lista de siete formas de conocimiento del filósofo Paul Hirst, pasando, obviamente, por los test de coeficiente intelectual de la era moderna.

Como el conocimiento no era el único centro de atención para los occidentales, las virtudes del sentimiento aparecían también en esa búsqueda. El asunto es que para la época clásica ya se habían establecido las diferencias entre razón, voluntad y sentimiento, lo que llevó a debatir, por varios siglos, el origen del intelecto, siempre en dos direcciones: o que las diferentes partes del sistema nervioso intervienen en las capacidades intelectuales, o que las principales funciones intelectuales le son propias a todo el cerebro. En ese marco, Estados Unidos y Europa llegaron a popularizar teorías que el tiempo desfasaría, en tanto que relacionaban el tamaño de la cabeza de un individuo con sus características mentales.

Desde una perspectiva científica, ¿cuáles de las capacidades extraordinarias de los seres humanos permitirían contextualizar una aproximación cognitiva a la vida de Juan Gossain?

En la segunda mitad del siglo XIX había aparecido la psicología como ciencia, con la idea de buscar las leyes que rigen el conocimiento humano, el procesamiento de la información y el perfil mental de los sujetos. Los trabajos lograron correlacionar los aspectos físicos e intelectuales, la herencia y el logro profesional. Posteriormente empezaron las controversias por la heredabilidad o no del conoci-

miento. Las obras de Alfred Binet en Francia y Lewis Terman en los Estados Unidos, ya en las puertas de la modernidad, coincidieron en el diseño de rigurosos test de inteligencias que estandarizaban la medición y fijaban parámetros de objetividad matemática para medir la inteligencia. El mismo Jean Piaget se había centrado en las líneas de razonamiento que utilizan los niños para evocar una respuesta, a partir de pruebas de coeficiente intelectual. Desde ellas intentó probar cómo el ser humano trata de comprender el sentido del mundo a través del pensamiento y cómo alcanza varios niveles de conocimiento desde el sensorial, práctico, simbólico, concreto y formal hasta el lógico-racional. Pero Piaget explicó el proceso de desarrollo cognoscitivo no propiamente desde la creatividad y la originalidad, ya que el test aparentemente no lo permitía (Gardner, 1994, pp. 49-54)

El eje común de todos estos intentos es que apuntaban a categorizaciones a priori. Gardner, en cambio, lo que propuso fue validar los conjuntos de inteligencia que atendieran especificaciones biológicas y psicológicas.

Para ello apeló a los principios que a mediados del siglo XX desarrolló Joy P. Guilford, cuando reclamó una mayor atención científica hacia la creatividad argumentando que esta no tenía el mismo significado dado a la inteligencia. Mientras la creatividad apuntaba al pensamiento divergente (lo que equivale a decir que entre más original, única y peculiar, más creativa será la idea), la inteligencia procuraba un pensamiento convergente, en el marco del cual debía encontrar las respuestas correctas en el menor tiempo posible (Gardner, 1995, p. 38).

Los estudios de Guilford habían motivado a los psicólogos a localizar nuevas opciones, que le asestarían un duro revés a los test

de lápiz y papel. Una mayor puntuación —advirtieron— no significa un mayor nivel de creatividad.

Uno de ellos, justamente, sería el propio investigador Howard Gardner, quien no tuvo ningún recato en proclamar la banalidad de esas pruebas. Para entonces se había sumado a la nueva “aproximación cognitiva”, que se caracterizaba por la cuidadosa atención a los modos en que las ideas generativas y series de ideas que se desarrollan y profundizan a lo largo de importantes periodos de tiempo.

Gruber, a quien Gardner citaría efectivamente en su obra *Mentes creativas*, tenía ya acercamiento a un “sistema de desarrollo”, en el marco del cual observaba simultáneamente la organización de los conocimientos en un campo, el objetivo (u objetivos) pretendido(s) por el creador y las vivencias afectivas que este experimentaba. Aunque estos objetivos sólo estaban unidos débilmente, su interacción a lo largo del tiempo ayudaba a comprender el flujo y reflujo de la actividad creativa en el curso de una vida humana productiva (Gardner, 1995, p. 41).

La investigación sobre la creatividad contaba, así, con dos enfoques: el convencional psicométrico, que se remitía a los cuestionados test, y la cognitiva, que sugería una serie de interrelaciones flexibles y subjetivas. Pues Gardner optó por el estudio de las individualidades.

En la adopción de una perspectiva evolutiva, la observación de sistemas diferentes y el examen de los modos de interacción, había propuesto un enfoque comparativo y deliberadamente amplio que asumía la inteligencia como una manifestación en diversos campos. Como codirector del Proyecto Cero de la Universidad de Harvard complementó su método con el análisis de ejemplos seleccionados

en una era histórica cultural concreta y la manera dinámica como se relacionan los individuos con ella.

La propuesta reformuló la educación escolar en los Estados Unidos, que fue justamente el área que en principio prestó atención de la idea. En su marco elevó al nivel de inteligencia las habilidades para crear y entender los significados que surgen del sonido, usar el cuerpo para expresar ideas y sentimientos y conseguir metas; percibir imágenes, transformarlas y recrearlas en la memoria; distinguir los sentimientos y construir correctos modelos mentales de uno mismo, y reconocer los sentimientos e intenciones de otros. De esta manera todas las habilidades anteriormente mencionadas vendrían a sumarse a las otras dos que la convención aceptaba: “el dominio de lenguas y la habilidad para razonar correctamente usando las lógicas de las operaciones numéricas”. Más tarde se detendría en la capacidad de algunos individuos de observar, experimentar y dialogar con la naturaleza. Desde esta redefinición, personas como Maradona, Darwin o Leonardo Da Vinci compartían, según la teoría de las inteligencias múltiples, un mismo apelativo: son o fueron genios en su oficio.

Gardner se apoyó en la idea de la neuropsicología para comprender la estructura de la mente. Estudios anteriores sobre la inteligencia indicaban la existencia de muchas y distintas facultades intelectuales, así como la presencia de ciertas áreas del cerebro que corresponden aproximadamente con otros tantos modos de cognición. Pero ¿la descripción óptima de cada dominio de cognición y simbolización no debía mirarse bajo el conocimiento profundo del sistema nervioso y el cerebro humano?

Uno de los criterios para determinar una inteligencia se basaba, como él mismo concluyó, en la dependencia de las habilidades

de las zonas cerebrales más o menos circunscriptas. Así lo probaba, al menos, la desaparición de la habilidad cuando esa zona del cerebro era dañada. Por ello Gardner reconocía dos formas de entender la inteligencia: como una capacidad única y como una entidad fragmentada en varios componentes. Su inclinación, por supuesto, fue sobre la existencia de varias competencias intelectuales humanas relativamente autónomas, que él mismo propuso llamar inteligencias humanas y que generalmente actúan en armonía. Sus observaciones se centraron en el descubrimiento de la estructura fina del desarrollo dentro de cada sistema simbólico particular, tratando de identificar si determinados procesos comunes pueden cruzar a través de estos diversos sistemas o si cada sistema simbólico tiene su propio curso de desarrollo (Gardner, 1994, pp. 96-99). Las inteligencias múltiples estaban en camino.

Un rasgo destacable de esta teoría es su constitución desde una mirada psicológica social, que definía la inteligencia como una habilidad o conjunto de habilidades que, a su vez, ofrecía a un individuo resolver problemas o crear productos valiosos en uno o más ambientes culturales:

Desde mi punto de vista, la esencia de la teoría es respetar las muchas diferencias que hay entre los individuos; las variaciones múltiples de las maneras como aparecen; los distintos modos por los cuales podemos evaluarlos, y el número casi infinito de modos en que estos pueden dejar una marca en el mundo. (Gardner, como se citó en el prefacio de *Las inteligencias múltiples en el aula*, de Armstrong, 2000, pp. v-vi)

En su obra, el investigador admitía las representaciones como una característica básica de la ciencia cognitiva, es decir, símbolos,

esquemas, ideas, imágenes que se amalgaman y transforman entre sí, y que finalmente explican el funcionamiento de la mente. Al remitirse al origen biológico y evolucionista de la cognición, consideraba importante poder determinar el perfil intelectual en el sujeto para poder direccionar sus oportunidades, lo que en esencia significaba opciones de educación y dejaba abierta la posibilidad de construir un modelo de cómo potenciar las capacidades intelectuales en las diferentes culturas.

Las mitades del cerebro —era sabido— no realizan las mismas funciones. Cada hemisferio cerebral coordina las funciones sensoriomotoras del lado opuesto del cuerpo: el hemisferio izquierdo regula el lenguaje mientras el derecho, las funciones visuales-espaciales. Lo que no se apreciaba claramente era la especificidad de la función cognoscitiva con las regiones más finas de la corteza cerebral humana, lo que permitía afirmar que las funciones cognoscitivas e intelectuales en el individuo adulto se correspondían con áreas particulares del cerebro.

Sin embargo, la evidencia de la organización del cerebro no era pertinente para la comprensión del área cognoscitiva, aunque existía la posibilidad de que el análisis pudiera tener implicaciones definitivas en los procesos de comprensión. La cognición humana —vista así— consiste en una serie de dispositivos de propósito especial, que dependen de alambrados finos neurales. Pero había que encontrar una manera de descubrirla, a partir de una mirada externa que al mismo tiempo fuera rigurosa.

En el siglo XIX las investigaciones comprobaron que la persona dispone de un número aún no determinado de capacidades. Desde este enfoque pluralista de las capacidades mentales, se podría

afirmar que las personas tienen potenciales intelectuales diferentes, porque existen distintas facetas de la cognición que pueden ser modificadas por medio de estímulos.

Gardner (2005, pp. 127-131) pregona que una condición sine qua non para el logro artístico “es el talento innato”, pero “otro factor de igual importancia es el medio en que se desarrolla el niño”, en el que probablemente no se necesita intervenir activamente sino más bien facilitarle los materiales, experiencia y apoyos a las obras correspondientes. Al “escucharlos cantar habrá fragmentos melódicos, coplas familiares y otras tonadas compuestas de distintos compases de muchas canciones. Cuando los niños hablen, escucharemos los relatos que fabrican y las cautivantes figuras retóricas que emplean”. Algunas creaciones son poderosamente creativas. Por ejemplo: “un chico puede caracterizar la estela de humo que deja un avión en vuelo como “una cicatriz en el cielo” mientras que otro describirá su cuerpo desnudo diciendo que “está descalzo del todo””. Pero en edad escolar esa producción puede, y de hecho lo hace, disminuir. Gardner se preguntaba por qué y buscaba respuestas en la escuela.

El sistema educativo, además, no prestaba la misma atención a todos los estilos de aprendizaje ni valoraba por igual todas las inteligencias o capacidades. No más hay que mirar el horario para darnos cuenta de que la clase de música, por ejemplo, dispone de una intensidad infinitamente menor que la que la escuela dedica al desarrollo de la inteligencia corporal-kinestésica y de la inteligencia lingüística, por ejemplo. De hecho, históricamente se ha considerado que la inteligencia se limita a la capacidad general de razonamiento lógico de todo individuo, que se mide a través de evaluaciones escritas denominadas pruebas de inteligencia, y que dependen básicamente

de una combinación de capacidades lógicas y lingüísticas y olvidan otra serie de habilidades, destrezas y conductas que son propias de sujetos inteligentes.

Para Howard Gardner era absurdo que, “sabiendo lo que sabemos” sobre estilos de aprendizaje, tipos de inteligencias y estilos de enseñanza, insistamos en que todos los alumnos aprenden de la misma manera en todas partes del mundo.

La tesis fundamental, como se conoce hoy, es que no todos somos iguales. Durante más de cuarenta años de permanencia en la Universidad de Harvard se había dedicado a observar a adultos y niños con limitaciones intelectuales, valiéndose de antecedentes como los de Pierre P. Broca, que relacionaron las lesiones cerebrales en áreas específicas con deterioros cognoscitivos específicos. Pero también hizo lo propio con ciudadanos promedio y mentes extraordinarias. Todo esto le permitió, a su vez, descomponer la diversidad de habilidades o capacidades intelectuales humanas. En 1983 había expuesto la teoría que reconoce la existencia de por lo menos ocho tipos de inteligencias.

Desde la nueva perspectiva, una inteligencia implicaba la capacidad de resolver problemas o elaborar productos que resultaran valiosos para un determinado contexto comunicativo o cultural. A su vez, el aprendizaje, en concepto de proceso socialmente mediado que basándose en el conocimiento exige un compromiso activo, sugería como resultado un cambio en la comprensión. Se trata del producto de un proceso mental activo y, por tanto, de construcción que exige —como lo veía la teoría— motivación, esfuerzo, autoestima, autorregulación. Además, dado que ese producto implicaba adquirir y ampliar las capacidades humanas, percibir relaciones



significativas entre la nueva información y el conocimiento previo del estudiante, entonces, se oponía al sistema tradicional y esquemático de la enseñanza.

No obstante, la relevancia de la teoría de las inteligencias múltiples para la educación eran claras: cuando se analiza la importancia de las diversas formas de pensamiento, los estadios de desenvolvimiento de varias inteligencias y la relación existente entre estadios de desarrollo y la adquisición de conocimientos a través de la cultura, se compromete a la educación a propiciar currículos específicos para cada área del saber y más variados ambientes educacionales.

Gardner mismo consideraría después que cada ser humano tiene una combinación única de inteligencias. Si hay varias inteligencias, también hay varios tipos de creatividad. Y si las inteligencias y las creativities nacen con el individuo y se fortalecen o potencializan en el entorno, los contextos son escenarios válidos para la observación en este trabajo.

El problema era que las ciencias naturales y del comportamiento, en un paradigma que justamente empezaría a superarse con este abordaje, “se han interesado más en los patrones que puedan detectarse en la mayoría de nosotros que en las regularidades que pueden distinguir a algunos individuos de otros” (Gardner, 2000, p. 14).

“Cuando mucho, los científicos se detienen en las hazañas de unas cuantas personas y se ciegan a los logros de quienes no son tan conocidos. Y con toda probabilidad, por cada William Butler Yeats o Marie Curie que hacen un hueco en las enciclopedias, existen personas de potencial equivalente —y tal vez incluso de logros significativos— que, por una razón u otra, permanecen anónimas. Son personas que aprenden fácilmente varias lenguas,

reconocen centenares de personas con solo mirarlas a la cara, recuerdan con precisión acontecimientos del pasado, memorizan una serie innumerable de dígitos. El asunto es que en todas las épocas (apenas) un minúsculo porcentaje de individuos sobresale en virtud de sus logros creativos” (Gardner, 2000, pp. 15-16), casi siempre por la incoherencia de los sistemas que, al margen de su centralidad, se encargan de la formación. Y ello pasaba tanto en las escuelas públicas de Boston o en el Instituto Libre de San Bernardo del viento.

Para encontrar a esas personas extraordinarias el psicólogo Howard Gardner se apartó de la “Escala de miembros aparte” o la convicción de que las personas extraordinarias son especies aisladas. Tampoco se puede aceptar sin reservas el “Caribdis de la indistinguibilidad” o la creencia de que las personas extraordinarias no son distinguibles del resto en algún aspecto concreto. De otra forma, estas personas “están hechas de las mismas piezas que los demás; pero, una vez formadas, ya no permanecen anónimas en medio del proverbial “hombre —o mujer— de la calle”. Pues, ninguna línea divisoria absoluta separa lo ordinario de lo extraordinario (Gardner, 2000, p. 15).

El autor sugería así el seguimiento cuidadoso a las personas asombrosas, como lo hicieron Howard Gruber al centrarse en individuos extraordinarios aislados, y Dean Keith Simonton, quien intentó encontrar leyes generales sobre la excepcionalidad. En *Mentes extraordinarias* (2000) Gardner había reconocido esas influencias sobre su obra y propuesto acatar su propuesta de enfocar el examen a la interacción de los tres elementos citados.

Una ciencia de la excepcionalidad se basaba, pues, en dos cimientos: Uno era el estudio cuidadoso de las personas, al principio

revisando caso por caso: “No podemos comenzar a entender la excepcionalidad a menos que sepamos mucho sobre la vida y la mente de aquellas personas que todo el mundo reconoce que son especiales...”. Lo otro era identificar “el modo que todos los individuos fenomenales son similares (digamos, por ejemplo, en la cantidad de energía que emplean en su obra), o la manera en que se parecen entre sí...” (Gardner, 2000, p. 17).

En síntesis, se trataba de explicar la vida de las personas que son aparentemente excepcionales —la de Juan Gossain, en nuestro caso— en acatamiento del postulado inicial de Dilthey y los subsiguientes desarrollos de Gardner, con un tránsito premeditado de lo particular a lo general.

Hechas estas precisiones, surgía otra pregunta: ¿cómo escoger válidamente a los sujetos de estudio? A la luz de la misma perspectiva se requería la confluencia de tres elementos: uno, que su obra justificara la investigación, esto es, que perfilara trascendencia en el contexto en que se desenvuelve el personaje; dos, que existiera información suficiente acerca de estos individuos para que pudieran examinarse sus procesos creativos y sus resultados intermedios; y tres, que hubiera pasado un tiempo suficiente, para que se asentaran los juicios sobre la calidad e importancia del avance de cada uno (Gardner, 1995). Un cuarto requisito, que en el caso de Gardner no fue primordial porque la mayoría de sus sujetos de análisis habían fallecido, era que el personaje se dejara estudiar, es decir, que estuviera dispuesto para el investigador e, inclusive, coadyuvara las búsquedas.

Juan Gossain reunía todas esas condiciones. En primer lugar, tuvo que aprender a ser periodista en el patio de su casa, en las aulas de los colegios y en las propias salas de redacción, lo que le daba a su proceso de aprendizaje unas condiciones singulares dignas de ser estudiadas. Las destrezas de las que hacía gala, en efecto, se habían moldeado antes de que conociera el teclado de las máquinas de escribir y los linotipos de la impresión en caliente. Con todo, su talante de periodista se había consolidado plenamente entre las audiencias, en tanto su obra era reconocida por varias generaciones y las más jóvenes la veían como un referente obligado de inspiración y emulación. A su alrededor existían personas —amigos, familiares y colegas— que, al lado de sus propios textos, podían dar fe de la trayectoria profesional. Y llevaba casi cuatro décadas haciendo periodismo. Cuando le propusimos abrir las páginas de su vida, aceptó con no pocos aspavientos. “Aunque suene a lugar común, mi vida es un libro abierto”, nos dijo. Pero necesitábamos más que leer unas páginas: había que escudriñar las historias y los personajes de esos relatos, y viajar de regreso a su niñez.

## El Viento

San Bernardo era, por entonces, una pequeña población cordobesa alejada de cualquier lugar del mundo, con costas ribereñas y marinas, a dos horas de Cartagena tomando el río Sinú y luego el mar abierto. El día, en el

pueblo, empezaba generalmente con el canto sinfónico de los gallos, que despuntaba el amanecer llamando a la nueva jornada de los bernardinios. Como si se hubieran puesto de acuerdo la noche anterior, las mujeres mayores salían a la misma hora al frente de sus casas y en fila barrían las miserias de la noche.

El ballet de las escobas terminaba unos minutos después con las pizcas de agua que cada una regaba en su parte de calle polvorienta, antes de volver a la morada a medio ordenar y anunciar a los otros habitantes, a voz en cuello, que era hora de despertar. Los que habían estado hasta las cinco de la mañana en la gallera, atinarían apenas a pedir algo para el dolor de cabeza. Los otros confirmarían el anuncio con el ruido de los comerciantes que muy temprano empezaban a llegar a los almacenes.

De todas las veredas aparecían los campesinos con sus cargamentos de viandas, que vendían al mejor postor en las subastas de las esquinas o en los desventajosos regateos con los “turcos” que había en el pueblo. De regreso llevaban materiales de construcción o las telas de seda de colores que acababan de llegar de algún lugar del Medio Oriente. Por eso, San Bernardo, que según los nacidos era una población “con más comerciantes que gente”, despertaba temprano cuando el resto del mundo estaba en su quinto sueño.

Uno de los bernardinios que abría primero los ojos era un niño inquieto, con aires de travesura, que escabulléndose entre los controles de su familia iba a los campos

abiertos en pos de un juego de bola de caucho, o se internaba en los matorrales de la espesura cordobesa para una cacería de pájaros, o llegaba a las orillas del río Sinú en una aventura de pesca. Sus amigos y vecinos lo llamaban Juancho.

Era de baja estatura y de contextura gruesa. Sus próximos lo recuerdan con camiseta blanca y ancha y pantalón corto, y envuelto siempre en alguna mocedad.

“En una ocasión –cuenta José Francisco Ramírez– jugábamos a la compra y venta de ganado. Nosotros éramos las vacas y “el Iguano”, como le decíamos, el ganadero. La cosa iba bien hasta cuando a Juancho se le ocurrió la idea de marcar el ganado. Juan cree que era un sello que un hacendado de la región, de paso por San Bernardo, le había dado a guardar a su papá, para marcar los calambucos de madera que servían para transportar el agua desde el río, pero sus amigos dicen que fue una obra fabricada toda por él mismo con un pedazo de alambre dulce que le había quitado a los colganderos de la ropa del patio. El asunto es que llevó la marca al fuego y una vez obtuvo el rojo incandescente de los carbones en un asado, la posó en la barriga de Jairo Benito Revollo. “Jairo duró como quince días gritando, los mismos que duró mi papá dándome limpia” (O. González, comunicación personal, 5 de agosto de 2006).

La escena ocurrió en el patio de la casa de los Gossain. Como casi todas. En San Bernardo no había un parque de diversiones o una discoteca, y ni siquiera uno de los salones de billares que pululan hoy en día en todo

el casco urbano, de manera que los muchachos se reunían en esa especie de club social que era la terraza trasera del palo de guayabas insípidas.

En esas reuniones —cuenta Adela, la hermana— jugaban a «la marisola», una ronda infantil con un personaje en el centro; «las escondidas», que sofisticarían las generaciones actuales con el nombre de “policías y ladrones”; el “velillo”, una prueba de resistencia física que consistía en saltar al ritmo de una cuerda que dos compañeros mecían de cada lado; la “bolita de uñita”, canicas de cristales de colores que eran rodadas con la fuerza de los dedos para ganar el mayor número de unidades posibles; o la popular «cuarta», que los muchachos jugaban con los botones que le arrancaban a la quietud de sus camisas: “Mi mamá tenía que echar mano de los inventarios de la tienda para reemplazar esos broches, porque Juan siempre los perdía en el juego” (A. Gossain, comunicación personal, 9 de marzo de 2006).

Pero la diversión más recurrente era el béisbol, en cualquiera de las formas alternativas que se inventaban. O Juan Pacheco, otro de sus amigos de infancia, sostiene que a Juan nadie le ganaba en la “bola de caucho”, una versión de béisbol de calle con solo tres bases, sin pitcher, que se activaba con golpes del bateador, a mano limpia (J. Pacheco, comunicación personal, 6 de agosto de 2006). Pero las opiniones están divididas: Armando Altamiranda sostiene que “se ponchaba hasta con la mano” (A. Altamiranda, comunicación personal, 6 de agosto de 2006).

Bertha justifica aquella inquietud en un contraste, que hoy juzga afortunado: “Juan desde pequeño fue un volcán en permanente erupción: siempre desbarataba los regalos que le traía el niño Dios, pues él quería saber por qué el carro movía las llantas o por qué el revólver disparaba; San Bernardo, en cambio, era un pueblo tranquilo y casi idílico”. De hecho, cuando la familia salió del pueblo y se instaló en Barranquilla, los hermanos Gossain Abdalah descubrieron “que el mundo era diferente y que había dificultades en la vida” (B. Gossain, comunicación personal, 2006).

Juan lo admite cuando aviva el recuerdo de aquellos días: “Lo que hace la diferencia es el lugar al que uno llega o donde nace”. Y el San Bernardo que aún hoy tiene en la cabeza es precisamente un lugar del Caribe donde no había diferencias sociales: “Ahora que lo pienso, lo que vi desde niño en ese pueblo remoto fue una especie de crisol, de calderos revueltos... En la casa, por ejemplo, almorzábamos, juntos, todos los que estábamos jugando en ese momento en el patio. Y en el colegio estudiábamos en un mismo salón los blancos y los negros, las personas más pudientes y las más pobres, muchachos de diez años y adultos de treinta” (J. Gossain, comunicación personal, 2005).

(El otro día mi mujer y yo íbamos caminando por las Bóvedas, en Cartagena, cuando oímos a alguien que me llamaba. Me acordé enseguida de él: Edilberto Morelos. Era cojo y vestía una chaquetilla roja muy corta y un corbatín. Me dio un gran abrazo y me dijo que



ahora era mesero de un restaurante de allí. Mi mujer me preguntó, asombrada, que cómo era eso: yo dije, pues eso es San Bernardo del Viento: allí todos éramos iguales) (J. Gossain, comunicación personal, 2005).

El colegio al que Juan Gossain asistía era el Instituto Libre, regentado por un solo profesor. Se llamaba Manuel Joaquín Paut aunque todos le llamaban, y nadie explica por qué, el profesor Canabal. Dictaba las clases de 7 de la mañana a la una de la tarde. Allí no había primero o segundo año: más que una escuela era un aula comunitaria. El salón realmente era un rancho con piso de la misma tierra que acicalaban de mañana las señoras en la calle. Por eso “lo primero al llegar al colegio era echarle agua a aquella superficie polvorienta para que no se levantara su carcoma”. A la una, cuando terminaban las clases, el profesor se ponía la ropa de monte y salía a cuidar su huerta, pues “dictaba clases por la mañana y tiraba machete por las tardes”. Aquello, decía Gossain, era el rompimiento de toda formalidad: “Yo no di una sola clase con uniforme, ni tenía unos libros dentro de un maletín”. Un día, Paut supo que los estudiantes, más que clases, lo que querían era leer al Donald, al ratón Mickey y los cuentos de Disney. “¿Sabe lo que hizo?, añadió el exalumno, nos puso de libro de texto al pato Donald. Yo aprendí a leer con los cuentos de Disney”. Por supuesto, los niños adquirieron unas formas muy particulares de hablar: cuando algo les sorprendía, por ejemplo, exclamaban: ¡Recórcholis! O si un juego les salía mal: ¡Pamplinas! (J. Gossain, comunicación personal, 2005).

El asunto es que como Paut se dio cuenta de que la educación se infunde a partir de lo que le guste a los muchachos, Gossain afirma que nunca hizo una tarea de aritmética o una tarea de geografía, pero que aprendió lo que debía de aritmética y de geografía (J. Gossain, comunicación personal, 2005).

Paut era, a decir de Gossain, un auténtico genio de la educación, aunque era distinto a todo y a todos, como la mayoría de las cosas en San Bernardo: la familia, el maestro, la gente...: “Y cuando uno tiene la fortuna de nacer y vivir en un pueblo así, tiene que ser parte y objeto de su magia” (J. Gossain, comunicación personal, 2005).

En San Bernardo todos veían a Juan como un niño de temperamento fuerte, que combinaba una naciente pero, desde ya espléndida imaginación, con peleas callejeras y discusiones por juegos infantiles. “Mi papá tenía que amarrarnos, [(...) con tal de que nos viéramos la cara], y no nos soltaba hasta que no hiciéramos las pases”, recuerda Janeth (J. Gossain, comunicación personal, 10 de octubre de 2007).

Los relatos reconstruidos, a instancias de su tía María Abdalah, hablan de un niño acosado por Antonio María Zapata, un profesor mal encarado que pretendía reprenderlo por una diablura. En su persecución el docente pisó sus gafas, pero acusó al menor de haberlo hecho. En medio de la sindicación una voz menor intentaba decir: “Yo no fuído, yo no fuído” (sic). Alguien que presencié la escena le dijo al padre Juan: “El niño tiene razón: el profesor pisó

sus propias gafas". La voz perdida remontó, entonces, su tono para decir: "¿Te das cuenta que yo nunca digo mentiras?" (M. Abdalah, comunicación personal, 6 de agosto de 2006).

La misma María Abdalah, hermana de la mamá de Juan, recuerda el día en que llegó el obispo a San Bernardo. Una señora, que solía pedir agua fría constantemente en la casa materna de Juan (porque, a diferencia de la mayoría de las familias en el pueblo, la suya disponía de nevera), le preguntó al muchachito qué había dicho monseñor. Y Juan, de escasamente 8 años, le respondió que el obispo le había pedido a todos en el pueblo que compraran su neverita, porque eso de andar pidiendo agua fría todo el día donde los vecinos, no era bien visto por Dios. La señora no podía con la risa, dice María. Pero al señor Juan no le causó ninguna gracia la ocurrencia de su hijo y "le pegó su limpia" (M. Abdalah, comunicación personal, agosto de 2006).

Gossain no tardó mucho en reponerse y seguir con su rutina. "Con mi papá, a quien también le gustaban mucho los deportes, oía las transmisiones del béisbol de grandes ligas por la radiola que teníamos en casa, y después del partido armaba equipos imaginarios con nosotros y narraba desde la cama o una hamaca, como si estuviera en verdad en el estadio, los nueve *inning* completos del juego": *Al bate Janeth Box, tiene el número 1 en su espalda, mira al manager del equipo, don Juan Santos Gossain, la Biblia de las ligas mayores, que le da vía libre para empujar al*

*corredor que está en base, Mark Penny (que era Bertha). El pitcher es Adel Tuff (Adela). Viene el lanzamiento y sale batazo a lo profundo del center fielder, la pelota se va elevando, se va elevando y la pelota vuela la cerca. Jonrón, señoras y señores, palo de cuatro bases...* (B. Gossain, comunicación personal, 2005).

Ese sería su primer proyecto periodístico, imaginario, pues uno real lo embelesaba por esos días. Se llamaba *La Herradura*, que vendría a ser su primer periódico.

Juan escribía a máquina desde los cinco años, porque se sentaba a hacer ejercicios en una Underwood que el papá tenía en San Bernardo del Viento. “Hacía los ejercicios que les ponían a las niñas que estudiaban secretariado en la época: Tur-tur, tar-tar, ter-ter”. La mamá, según dice Bertha, era la que alcaheteaba esa mocedad, le decía: “Tu papá no está aquí, coge la máquina para que escribas”, porque siempre terminaba enredándole la cinta (B. Gossain, comunicación personal, 2006).

Juan se fijaba en el periódico que leía el papá, y en una hoja de papel bond, tamaño oficio, cuadraba las columnas con una regla y gran milimetría. Y como en las columnas del periódico de verdad, escribía sobre la cinta templada y el rodillo negro (B. Gossain, comunicación personal, 2006).

El periódico era un solo ejemplar de tres páginas que el niño le daba a leer a cada miembro de la familia que encontrara desocupado o a los transeúntes que lo aceptaban, a cambio de 5 centavos. María Abdalah, la tía-madrina, era

la tesorera mientras Bertha, la mamá, se cuidaba de pegar las teclas que el niño desprendía en sus afanes y arreglar la cinta desordenada.

Por lo que recuerda Berthica, la redacción era un ejercicio intimista y apasionado que Juan normalmente ejercía con dos dedos sobre la máquina, en algún rincón de la casa o debajo del palo de guayaba de manzana que el señor Juan Santos Gossain había plantado en el patio.

Las noticias, que tenían un tono de chisme o de rumor sin confirmar, eran recogidas por un amigo de la misma edad, Orlando González, a quien apodaban «el Viejo» por su cara de anciano prematuro, y que las llevaba, como parte del juego, hasta la casa del periodista en formación. Pero como Juan le ponía seriedad al asunto, por culpa de sus escritos inocentes tuvo, a esa edad, hasta una pelea con el alcalde del pueblo. “Yo era el que buscaba los chismes, las cosas que sucedían en el pueblo: las peleas de los vecinos, el borracho del parque, que la loca le tiró piedra a un muchacho... él los escribía y luego repartíamos el periódico”, relata su amigo Orlando (O. González, comunicación personal, 5 de agosto de 2006).

El único anunciante del periódico era la farmacia Cruz Roja, de propiedad de su tía Helena Gossain, quien alguna vez no pudo pagarle la pauta probablemente por algún descuido. En la edición siguiente apareció un mensaje en el que el editor advertía a sus lectores que no volverían a ver la Cruz Roja en el periódico porque la propietaria era una deudora morosa.

La aventura siguió “hasta que nos fuimos a estudiar a Cartagena. Todo el pueblo se enteraba de lo que pasaba en todas partes, la gente leía y se reía”, recuerda Orlando González. (O. González, comunicación personal, 5 de agosto de 2006). “Fue —anota Juan— el primer periódico del mundo de un solo ejemplar que era devuelto después de ser leído” (J. Gossain, comunicación personal, 2005). En la historia del periodismo de Colombia, al menos, no había antecedente parecido.



**Del  
álbum  
familiar** |





El abuelo Cecilio Abdallah al lado de sus hijas: Bertha, Sofía, María, Josefina y Filomena. El bello matriarcado de San Bernardo.



Bertha Abdallah, la madre, dulce y recia al tiempo: el bastión moral de la familia.



Jeannette, la hermana. Escribe su nombre como lo hacen los franceses.  
El padre le hacía cuanta vestimenta se le ocurriera.



Adela, la hermana y compañera de juegos y travesuras.



Marún Gossain. Migró con su familia a Cartagena, hizo política y fue gobernador de Bolívar. Malgeniado, desde chiquito.



Tíos lejanos pero cercanos: Moisés Jattin, Moisés Gossain y Absalón Jattin.



El tío Jorge. El único que se quedó en El Líbano.





Moisés Gossain y Saide Jattin; Juan Gossain y Bertha Abdallah, dos parejas que eternizaron la amistad.





Juan Gossain, en su época en *Cromos*, en una pausa del cubrimiento periodístico de un reinado nacional de belleza de Cartagena. Juan, padre, que nunca salía de San Bernardo, fue con su esposa a visitar a Moisés. Saide acababa de fallecer.









Juan, libre, como siempre quiso estar, en la Cartagena de siempre.



Esta obra, editada en  
Barranquilla por Editorial  
Universidad del Norte y  
Universidad de Bogotá  
Jorge Tadeo Lozano,  
se terminó de imprimir en  
Febrero de 2019.



**J**uan Gossain, uno de los periodistas de mayor prestigio y reconocimiento en Colombia, salió de las entrañas de una familia que amamantó sus búsquedas inocentes, una escuela de barro donde amasó las primeras letras y un colegio de ciudad que le enseñó, con el mismo rigor, la disciplina y el valor de la amistad. Serían esos los mismos caminos que descubriría el psicólogo cognitivo Howard Gardner para construir su portentosa teoría sobre las mentes extraordinarias. Gossain y Gardner se encuentran en este libro, por cuenta de una rigurosa investigación que acercará a estudiantes de Comunicación Social, periodistas en ejercicio y lectores en general a testimonios inolvidables. Se mezclan aquí entrañables recuerdos de Juan Gossain, acertados análisis de los investigadores y las voces de familiares, mentores y colegas que describen el quehacer de un periodista y un ser humano excepcional.

ISBN 978-958-789-050-1



EDITORIAL  
**UTADEO**

**UN** UNIVERSIDAD  
DEL NORTE